

Temprano en la noche del pasado 14 de septiembre bajé a la venerable plataforma de ladrillos de la estación Arkham del ferrocarril de Boston y Maine. Podría haber volado hasta llegar al nuevo aeropuerto de Arkham, al norte de la ciudad, donde me dijeron que un suburbio de casas coloniales modernas y de buen gusto ahora cubre la mayor parte de Meadow Hill, pero el transporte más antiguo me pareció conveniente y agradable.

Como solo llevaba una pequeña maleta y una caja de peso insignificante, elegí caminar las tres cuerdas hasta Arkham House. A mitad de camino a través del viejo Puente de Garrison Street, que fue reparado hace solo diez años, se precipita el Miskatonic. Me detuve allí para examinar la ciudad desde esa modesta eminencia, dejé mi maleta y apoyé mi mano en la vieja barandilla de hierro mientras un automóvil ocasional, a la hora de la cena, pasaba ruidosamente cerca de mí.

A mi derecha, de este lado del puente de West Street, donde el Miskatonic gira hacia el norte, observé la pequeña isla; donde, tal como lo había leído en The Arkham Advertiser, un grupo de delincuentes barbudos que tocaban el bongó habían sido arrestados recientemente mientras celebraban una misa negra en honor a Castro, o eso es lo que uno de ellos había afirmado salvaje e indignantemente. Por un breve momento, mis pensamientos se volvieron curiosos hacia el Viejo Castro del Culto de Cthulhu.

Más allá de la isla y al otro lado del río se alzaba la Colina del Ahorcado, detrás de la cual el sol estaba enviando un resplandor espectral, amarillento. Por esta pálida luz, dorada y sombría a la vez, vi que Arkham sigue siendo una ciudad de árboles, con muchos finos robles y arces, aunque todos los olmos se han ido, víctimas de la enfermedad holandesa, y que todavía quedan muchos tejados de madera.

A mi izquierda estudié la nueva autopista, que corta a través de French Hill sobre Powder Mill Street, y que proporciona acceso rápido a las plantas militares e industriales, principalmente de componentes y productos químicos al sureste de la ciudad. Mi mirada fue bajando y girando hacia el sur. Busqué por un momento la antigua Casa de las Brujas, antes de recordar que había sido arrasada ya en 1931, y que las viviendas moldeadas del Barrio Polaco fueron reemplazadas en gran medida por un modesto desarrollo de viviendas.

Tomando mi maleta, bajé el puente y continué cruzando River Street, pasando por los
viejos y robustos almacenes rosados
de ladrillo rojo, con techos inclinados

que felizmente escaparon de la demolición. En el Hotel Arkham confirmé mi reserva, y verifiqué mi maleta con el agradable y anciano recepcionista, pero, como había cenado temprano en Boston, seguí de inmediato hacia el sur por Garrison cruzando Church hasta la Universidad, siempre con mi caja de cartón.

Los primeros edificios académicos que interrumpieron mi mirada fueron el nuevo Edificio de Administración y, más allá, el Laboratorio Nuclear Pickman, donde Miskatonic se ha expandido al este a través de Garrison, aunque, por supuesto, sin perturbar el cementerio. Ambas incorporaciones a la Universidad me parecieron estructuras magníficas, totalmente compatibles con el viejo cuadrilátero, y di gracias en silencio al arquitecto que había tenido tan presente la tradición.

Ahora era pleno crepúsculo y varias ventanas brillaban en el edificio más cercano, donde los miembros de la facultad debían continuar con el creciente papeleo de la Universidad. Pero antes de continuar hacia la sala, detrás de una de las ventanas, que era mi destino inmediato, tomé nota pensativa de la demostración ordenada de antisegregación estudiantil que se estaba llevando a cabo en el borde del campus, en simpatía con manifestaciones similares en ciudades del sur. Observé las pancartas alusivas y me pregunté si aquellos muchachos eran hijos de personas que apenas sabían leer y escribir. De ser así, muchos de ellos sin dudas habrían estado involucrados en el caso de la Casa de la Bruja.

Dentro de los agradables pasillos del Edificio de Administración encontré rápidamente el santuario del Presidente del Departamento de Literatura. El esbelto profesor de cabello plateado: Albert Wilmarth, que apenas parecía tener más de setenta años, me saludó cálidamente con esa burlona nota sardónica que hizo que algunos lo llamaran «desagradable», en lugar de simplemente «erudito». Antes de terminar su trabajo, cortésmente me explicó:

—Me he librado de una refutación, formulada por algunos, de que el difunto Joven Caballero de Providence, quien registró tan bien muchas de las cosas más extrañas que han sucedido en torno a Arkham, fue en realidad una figura horrible, cuya relación más cercana es con Peter Kurten, el asesino de Düsseldorf, quien admitió haber pasado días de confinamiento evocando fantasías sádicas. Dios mío, ¿no sabe el joven imberbe que todos los hombres normales tienen fantasías sádicas?

Volviéndose, con una risita algo siniestra, le dijo a su atractiva secretaria:

—Ahora recuerde, señorita Tilton, eso es para Colin Wilson. No, no para Edmund. ¡Cuidé a Edmund en una carta anterior! Copias de carbono para Avram Davidson y Damon Knight. Y, mientras lo hace, vea que salen de la subestación Hangman's Hill. ¡Me gustaría que llevaran ese matasellos!

Tomando su sombrero y un abrigo ligero, dudando un momento en un espejo para asegurarse de que su cuello alto estaba impecable, el venerable pero alegre Wilmarth me condujo fuera del Edificio de Administración, de vuelta a través de Garrison e ignorando el tráfico. En el camino respondió a un comentario mío:

—Sí, la arquitectura es muy buena. El nuevo desarrollo de apartamentos del Barrio Polaco fue diseñado por Daniel Upton, quien, como probablemente ya sabe, ha tenido una carrera distinguida desde que recibió una factura limpia de salud mental y fue dado de alta con el veredicto de homicidio justificado después de dispararle a Asenath, o al viejo Ephraim Waite, en el cuerpo de su amigo Edward Derby. Durante un tiempo, ese veredicto nos generó tantas críticas como la absolución de Lizzie Borden contra Fall River, ¡pero valió la pena!

Luego agregó:

—El joven Danforth es otro que ha regresado del manicomio, y también de forma permanente, ahora que la investigación de Morgan en mescalina y LSD ha encontrado esos inteligentes antialucinógenos —continuó mientras pasábamos entre el museo y la biblioteca donde un sucesor del gran perro guardián que había destruido a Wilbur Whateley tintineó su cadena mientras paseaba en las sombras—. El joven Danforth —dijo—, ¡es casi tan viejo como yo! Sabes, el brillante asistente graduado que sobrevivió con el viejo Dyer en los años '30 y '31. Danward ha entrado en psicología, como Wingate y el viejo Peaslee. Es una vocación terapéutica. Justo ahora está inmerso en un artículo sobre Asenath Waite, que trata de justificarse con arquetipos, como Carl Jung mantuvo que Ayesha de Haggard y Selena de William Sloane lo eran .

—Pero seguramente hay una diferencia allí —objeté un tanto vacilante—. Las mujeres de Sloane y Haggard eran ficticias. No puedes estar insinuando, ¿verdad?, que Asenath fue producto de la imaginación del joven que escribió: El ser en el umbral? Además, no se trataba realmente de Asenath sino de Efraín, como se señaló hace un momento.

—Por supuesto, por supuesto —respondió rápidamente Wilmarth con otra de esas siniestros y, sí, debo confesarlo, desagradables risas—. Pero el viejo Efraín presta el componente masculino feroz apropiado a la figura Anima, y

después de haber pasado una vida adulta en Miskatonic, descubres que has

desarrollado una comprensión bastante diferente de la distinción entre lo imaginario y lo real. Ven ahora.

Habíamos entrado en el salón de la facultad. Me condujo a través de sus recintos con paneles de roble hasta un gran ventanal donde ocho sillones tapizados en cuero estaban en círculo junto con puestos de fumar y una mesa con tazas, vasos, jarra de brandy y una urna de café calentada de azul. Miré a mi alrededor con un profundo estremecimiento de asombro, y un sentimiento de indignidad personal a los cinco eruditos y científicos de edad avanzada, profesores eméritos, ya sentados en esta mesa redonda. Estaba Upham, de Matemáticas, en cuya clase el pobre Walter Gilman había expuesto sus asombrosas teorías sobre el hiperespacio; Francis Morgan de Medicina y Anatomía Comparada, ahora el único sobreviviente de los tres que mataron al Horror de Dunwich en esa húmeda mañana de septiembre del '28; Nathaniel Peaslee de Economía y Psicología, quien había soportado el terrible viaje subterráneo en el '35; su hijo Wingate, que había estado con él en esa expedición australiana; y William Dyer, de Geología, que también había estado allí y cuatro años antes, sufrió la horrible aventura en las Montañas de la Locura.

Salvo por Peaslee, padre, Dyer era el presente más viejo. Y fue él, ya bien entrado en la novela década, y asumiendo una especie de presidencia informal, me dijo brusca pero cálidamente:

—¡Siéntate, siéntate, jovencito! No te culpo por tus dudas. A esto le llamamos Alcoba Emérita. ¿Qué vas a beber? ¿Café? Bueno, esa es una decisión prudente, pero a veces necesitamos algo más fuerte cuando nuestra conversación se aleja demasiado, si entiendes lo que digo. Pero siempre estamos contentos de ver visitantes inteligentes y amigables del ordinario «afuera»; ¡ja, ja!

—Aunque solo sea para aclarar sus ideas erróneas sobre Miskatonic —dijo Wingate Peaslee un poco amargamente—. Siempre preguntan si ofrecemos cursos de brujería comparativa, etc. ¡Para su información, preferiría enseñar un curso de asesinato en masa comparativo que ayudar a cualquiera a entrometerse con esas cosas!

—Particularmente si uno considera el tipo de estudiantes que tenemos hoy —intervino Upham, un poco melancólico.

—Por supuesto, por supuesto, Wingate —dijo Wilmarth con dulzura al joven Peaslee—. Y todos sabemos que el curso de metafísica medieval que Asenath Waite tomó aquí fue completamente inocente, libre de asuntos arcanos —Esta vez retuvo su risa, pero sentí que estaba allí.

Francis Morgan dijo:

—Yo también tengo mis problemas para desalentar el sensacionalismo. Por ejemplo,

tuve que decepcionar al M.I.T. cuando me pidieron un bosquejo de la fisiología anatómica de los Antiguos, para usar en el curso que dan en el diseño de estructuras y máquinas para «imaginarios» seres extraterrestres. Los ingenieros son una raza insensible. En cualquier caso, los Antiguos no son simplemente extraterrestres, sino extracósmicos. También tuve que limitar el acceso al esqueleto de Brown Jenkin, aunque eso ha dado lugar a un rumor de que se trata de una imitación, como el cráneo de Piltdown.

—No te preocupes, Francis —le dijo Dyer—. He tenido que rechazar muchas solicitudes similares sobre los Antiguos Antárticos —Me miró con sus ojos viejos, maravillosamente brillantes y sabios—. Sabes, Miskatonic se unió a las actividades antárticas del Año Geofísico, principalmente para mantener la exploración lejos de las Montañas de la Locura, aunque los Antiguos restantes parecen estar haciendo un buen trabajo por su cuenta: transmisiones hipnóticas de algún tipo, imagino. Pero eso está bastante bien porque, ¡esto es estrictamente confidencial!, los Antiguos Antárticos parecen estar de nuestro lado, incluso si sus Shoggoths no lo están. Son buenos compañeros, como siempre he mantenido. ¡Científicos hasta el final!

—Sí —coincidió Morgan—, esas monstruosidades con cabeza de estrella son más valiosos que algunos de los especímenes de homo sapiens diseminados por el mundo en estos días.

—O algunos de nuestros estudiantes —dijo Upham con tristeza.

Dyer dijo:

—Y a Wilmarth se le ha encomendado evitar preguntas sobre los plutonianos en las colinas de Vermont y mantener su existencia en secreto con su ayuda. ¿Qué tal, Albert? ¿Están cooperando los voladores espaciales con forma de cangrejo?

—Oh sí, a su manera —confirmó éste, con otra de sus risas desagradables, esta vez completamente pronunciada.

—¿Más café? —me preguntó Dyer pensativamente, y le pasé la taza y el platillo que había colocado incómodamente encima de mi caja de cartón, simplemente porque no quería olvidarla.

El viejo Nathaniel Peaslee levantó su copa de brandy hasta sus labios con dedos temblorosos pero eficientes, y habló por primera vez desde mi llegada.

—Todos tenemos nuestros secretos... y trabajamos para verlos guardados —susurró con un silbido en su voz, tal vez debido a una dentadura imperfecta—. Deje que los jóvenes astronautas de Woomera disparen sus cohetes sobre nuestros viejos diggins, digo... y soplen la arena más gruesa allí. Es mejor así.

Mirando a Dyer, me aventuré a preguntar:

—Supongo que también recibes preguntas del Gobierno Federal y de las fuerzas militares. Creo que podrían ser más difíciles de manejar.

—Me alegra que lo hayas mencionado —me informó con entusiasmo—. Quería hablarte sobre eso...

Pero, en ese momento, Ellery de Física entró a paso ligero por la sala, moviendo los labios un poco y con el ceño fruncido. Este, me recordé, era el hombre que había analizado el brazo de una estatuilla que figuraba en el caso de la Casa de la Bruja, y descubrió en él platino, hierro, teluro, junto con tres elementos pesados

inclasificables. Se dejó caer en la silla vacía y dijo:

—Dame esa botella, Nate.

—¿Un día difícil en el laboratorio? —preguntó Upham.

Ellery aplacó sus sentimientos con un sorbo generoso, y luego asintió enfáticamente.

—Cal Tech quería otra muestra de la figura de metal que Gilman trajo del país de los sueños. Todavía están arruinando sus esfuerzos para identificar los metales transuránicos en él. Me rehusé. Les dije que estábamos trabajando en el mismo proyecto y que estábamos cerca del éxito. Las cosas se habrían ido al demonio en una semana si se salían con la suya. ¡Californianos! En el lado bueno del registro, Libby quiere fechar algunos de los materiales de nuestro museo, en particular los huesos de la Casa de la Bruja. Le dije que lo haga.

Dyer le dijo:

—Como jefe del Laboratorio Nuclear, Ellery, quizás le des a nuestro joven visitante un bosquejo de lo que podríamos llamar la historia atómica de Miskatonic.

Ellery gruñó pero me lanzó una especie de sonrisa.

—No veo por qué no —dijo—, aunque es principalmente se trata una historia de dos décadas de guerra con funcionarios. Debo enfatizar al principio, joven, que tenemos suerte de que el Laboratorio Nuclear esté financiado en su totalidad por la Fundación Nathaniel Derby Pickman.

—Con un poco de ayuda del Alumni Fund —agregó Upham.

—Sí —dijo Dyer—. Estamos muy orgullosos de que Miskatonic no haya aceptado ni un centavo del Estado. Todavía somos, en todos los sentidos, una institución privada independiente. De lo contrario no sé cómo habríamos podido subsistir —continuó Ellery—. Comenzó en los primeros días cuando el Proyecto Manhattan todavía se desarrollaba en el Laboratorio Metalúrgico de la Universidad de Chicago. Alguien había estado leyendo las historias del Joven Caballero de Providence y envió una partida para buscar los restos del meteorito que cayó aquí en el '82 con sus radiactivos desconocidos. Estaban bastante desconcertados cuando descubrieron que el sitio de impacto se encontraba debajo de la parte más profunda del embalse. Enviaron a dos buzos, pero ambos se perdieron y eso fue el final.

—Oh, bueno, probablemente fueron imprudentes —dijo Upham—. ¿No se suponía que el meteorito se había evanesado totalmente? Además, todos hemos estado bebiendo el agua del embalse de Blasted Heath la mitad de nuestras vidas.

—Sí, lo hemos hecho —dijo Wilmarth y esta vez me encontré odiándolo por el desagradable conocimiento de su risa.

—Bueno, aparentemente no ha afectado nuestra longevidad... hasta ahora —dijo el viejo Peaslee con una risita silbante.

—Desde entonces —continuó Ellery—, no ha pasado un mes sin que Washington solicite o exija especímenes de nuestro museo, principalmente los objetos de arte con metales desconocidos o elementos radiactivos en ellos, por supuesto, y los registros de nuestro departamento de ciencias y entrevistas secretas con nuestros estudiosos. Incluso querían el Necronomicón. Tuvieron la idea de que descubrirían armas o la receta de un misil balístico intercontinental, quién sabe.

—Inaudito —repuso Wilmarth puso en voz baja.

—¡Pero nunca lo han conseguido! —afirmó Dyer con una ferocidad que casi me sorprendió—. ¡Ni tampoco la copia de Widener! Me ocupé de eso —El tono sombrío de su voz me convenció de no preguntarle cómo. Continuó solemnemente—: Aunque me entristece decirlo, hay personas en Washington y en el Pentágono en quienes no se puede confiar más en ese libro maldito que Wilbur Whateley. Aunque los rusos también lo persiguen, debe seguir siendo nuestra única responsabilidad. ¡Creador misericordioso, sí!

—Prefiero haber visto a Wilbur conseguirlo —dijo Wingate Peaslee con brusquedad.

—No dirías eso, Win —intervino juiciosamente Francis Morgan—, si hubieras visto a Wilbur después de que el perro de la biblioteca lo desgarró, o por supuesto, a su hermano en Sentinel Hill... —Sacudió la cabeza y suspiró, un poco cansado. Uno o dos

de los otros le hicieron eco. Con un leve molido preliminar de su mecanismo, un reloj de pie que cruzó la sala lentamente dio las doce.

—Caballeros —dije, dejando a un lado mi taza de café y poniéndome de pie con mi caja de cartón—, me han entretenido de manera incomparable, pero ahora es...

—¿Medianoche? ¿Y todos nos disipamos en vapores violetas y verdes? —Wilmarth se rió entre dientes.

—No —dije—. Iba a decir que ahora es el 15 de septiembre, y que tengo en mente una breve expedición, solo hasta el cementerio detrás del nuevo Edificio de Administración. Tengo aquí una corona y propongo ponerla sobre la tumba del doctor Henry Armitage.

—El aniversario del Horror Dunwich en el 1928 —exclamó Wilmarth—. Un recuerdo reflexivo. Iré contigo. ¿Tú también vendrás, Francis, por supuesto? Tuviste algo que ver en ese hecho.

Morgan sacudió lentamente la cabeza.

—No iré, si no te importa —dijo—. Mi contribución fue escasa. Solo deduje que un rifle de caza mayor sería suficiente para derribar a la bestia.

Los otros suplicaron cortésmente con un pretexto u otro, así que solo Wilmarth y yo anduvimos por la calle Lich, mientras una luna gibosa se elevaba sobre French Hill, más allá del cual las luces de unos pocos automóviles todavía giraban fantasmalmente a lo largo de la nueva autopista. Podría haber deseado unos cuantos compañeros más o menos siniestros que los que Wilmarth me había dado. Sin embargo, aproveché la oportunidad para preguntarle audazmente:

—Profesor Wilmarth, su roce con los seres plutonianos ocurrió el 12 de septiembre de 1928, casi exactamente al mismo tiempo que el asunto de Dunwich. De hecho, la misma noche en que usted huyó de la granja de Akeley, el hermano de Wilbur estaba suelto y hambriento. ¿Ha surgido alguna pista, algo que explique esa monstruosa coincidencia?

Wilmarth esperó unos segundos antes de responder, y esta vez, gracias a Dios, no hubo risas. De hecho, su voz era tranquila y sin rastro de ligereza cuando finalmente respondió:

—Sí, por supuesto que sí. Creo que puedo arriesgarme a decirte que he mantenido un contacto bastante cercano con los plutonianos, o yuggothianos. ¡He tenido que hacerlo! Además, como los Antiguos de Danforth y Dyer, los plutonianos no son seres tan malvados cuando uno realmente los conoce. ¡Aunque siempre inspirarán mi mayor

asombro! En fin, por las pistas que me han dado, parece que los plutonianos se habían enterado de la intención de Wilbur Whateley de dejar entrar a los Antiguos, y se estaban preparando para bloquearlos ganando más confederados humanos, especialmente aquí en Miskatonic, y así sucesivamente. Ninguno de nosotros se dio cuenta, pero estábamos rozando los márgenes de una guerra intergaláctica.

Esta revelación me dejó sin palabras, y no fue hasta que se abrió la puerta de hierro y nos quedamos de pie entre las lápidas a la luz de la luna, que nuestra conversación se reanudó. Cuando levanté reverentemente la corona de Armitage, Wilmarth me agarró por el codo y, hablando casi en mi oído, dijo:

—Hay otra información que los plutonianos me han proporcionado, que creo que debería compartir contigo. Es posible que no esté dispuesto a acreditarlo al principio, pero ahora he llegado a creerlo. ¿Conoces el truco de los plutonianos de extraer los cerebros vivos de aquellos seres que no pueden viajar por el espacio, y preservarlos y llevarlos consigo por todo el cosmos para ver, a través de los instrumentos adecuados, y escuchar y comentar sobre sus misterios? Bueno, me temo que esto te causará una conmoción desagradable: la noche del 14 de marzo de 1937, cuando el Joven Caballero estaba muriendo en el Hospital de Rhode Island, se abrió una entrada secreta en el ala de Jane Brown, y para usar sus palabras, o más bien, las mías, su cerebro fue, digamos, removido; por lo que ahora está volando en algún rumbo, entre Hydra y Polaris, a salvo en los brazos de una noche demacrada, deleitándose para siempre en las maravillas del universo que amaba profundamente.

Y con un gesto digno pero grandioso, Wilmarth levantó su brazo hacia la Estrella del Norte, que brillaba débilmente en el cielo grisáceo sobre Meadow Hill y el Miskatonic.

Me estremecí con emociones encontradas. De repente el cielo estaba lleno de estrellas. Ahora sabía la razón por la cual mi compañero me había inquietado toda la noche, pero estaba profundamente feliz de que se tratara de una razón por la que podía respetarlo aún más.

Tomados del brazo, nos dirigimos hacia la sencilla tumba del doctor Armitage.